II

LA APARICIÓN.

Su primer encuentro había sido verdaderamente extraño. El joven sabio, que era un apasionado admirador de las bellezas naturales, había emprendido el verano anterior un viaje á Noruega, con objeto de visitar aquellos fiords solitarios donde penetra el mar, y aquellas montañas de nevadas cimas que alzan por encima de las nubes sus inmaculadas frentes; y, sobre todo, para estudiar las auroras boreales, esta grandiosa manifestación de la vida de nuestro planeta. Yo le acompañé en ese viaje. Las puestas de sol detrás de los fiords tranquilos y profundos; sus salidas por encima de

los montes encantaban con emoción indecible su alma de artista y de poeta. Allí estuvimos más de un mes, estudiando la pintoresca región que se extiende desde Cristiania hasta los Alpes Escandinavos. Pues bien, Noruega era la patria de aquella hija del Norte, que debía ejercer tan rápida influencia sobre su corazón aún adormecido. Allí estaba ella, á unos cuantos pasos de Spero, sin que el azar, ese dios de los antiguos, se decidiera á ponerlos en presencia hasta el momento mismo de nuestra partida.

La luz de la mañana doraba las lejanas cimas. La joven noruega había sido llevada por su padre á uno de aquellos montes á donde tantos viajeros van, como al Righi de Suiza, para asistir á la salida del sol, que ese día fué maravillosa. Iclea se había alejado un tanto, completamente sola, yendo unos cuantos metros más allá hasta una pequeña altura aislada, con objeto de distinguir mejor ciertos detalles del paisaje, cuando al volverse, con la vista opuesta al sol, para abarcar el conjunto del horizonte, divisó, no en el monte ni en el suelo, sino en las mismas nubes, su imagen, su persona entera que le fué muy fácil conocer. Su cabeza y sus hombros estaban rodeados por una aureola luminosa como las glorias de los santos, y un gran círculo aéreo apenas teñido por los colores del arco iris, envolvía la misteriosa aparición.

Asombrada y conmovida por lo singular del espectáculo, é impresionada todavía por la espléndida salida del sol, no reparó de pronto en que otra figura, un perfil de cabeza masculina, acompañaba á la suya, hallándose al parecer inmóvil y en contemplación ante ella, como las estatuas de los santos que ponen en pie en las columnas de las iglesias. Ambas imágenes estaban rodeadas por el mismo círculo aéreo. Al encontrarse con aquel extraño perfil humano en los aires, creyó ser juguete de una ilusión fantástica y en su asombro hizo un gesto de sorpresa y casi de terror. Su figura aérea reprodujo el movimiento, y la joven vió entonces que el espectro del viajero llevaba la mano al sombrero y se descubría como para hacer un saludo celeste, no tardando después en perder la precisión de sus líneas, y en desvanecerse, al mismo tiempo que su propia imagen.

La transfiguración del Monte Tabor, en que los discípulos de Jesús vieron de pronto la imagen del Maestro acompañada por las de Moisés y de Elías, no sumió á sus testigos presenciales en estupefacción mayor que la sentida por la inocente virgen de Noruega en presencia de aquella antelia, cuya teoría conocen todos los meteorólogos.

La aparición se fijó en las profundidades de su

pensamiento como un maravilloso sueño. La joven

había llamado á su padre, que estaba á corta distancia de ella; pero cuando éste llegó, todo había

desaparecido. Preguntóle la explicación del fenómeno, sin lograr nada, como no fuera una duda y casi una negativa sobre su realidad. Aquel buen señor, oficial retirado del ejército, pertenecía á la categoría de escépticos distinguidos que niegan en redondo lo que ignoran ó no comprenden. Y por más que la deliciosa niña le afirmara que acababa de ver su imagen en el cielo — y al mismo tiempo la de un hombre que le parecía joven y de buen aspecto; — por más que le dió detalles de la aparición y agregó que las figuras tenían el aspecto de siluetas colosales, su padre declaró con autoridad y cierto empaque que aquello era lo que se llama ilusiones de óptica, producidas por la imaginación cuando se ha dormido mal, sobre todo durante los años de la adolescencia.

Pero en la tarde de aquel mismo día, cuando nos embarcábamos para volver á Cristianía, noté que una joven de vaporosa cabellera miraba á mi amigo con aire de asombro y extrañeza. Estaba en el muelle, dando el brazo á su padre, inmóvil como la mujer de Loth convertida en estatua de sal. Apenas estuvimos á bordo, llamé la atención de Jorge, quien volvió hacia aquella parte la cabeza. Entonces vi colorearse con súbito rubor las mejillas de la muchacha, que volvió rápidamente la cabeza para mirar una de las ruedas del buque, que empezaba á andar. No sé si Spero lo notó también. La verdad es que aquella mañana ni él ni yo habíamos visto nada del fenómeno aéreo, por lo menos en el momento en que la joven se encontró cerca de nosotros, y aún añadiré que no la vimos, por ocultárnosla sin duda un grupo de árboles: nosotros mirábamos sobre todo hacia la parte de Oriente, absortos en la contemplación de la magnífica salida del sol. Sin embargo, Jorge saludó á Noruega, de donde se marchaba con disgusto, con el mismo gesto que empleara antes para rendir homenaje al sol levante; y la desconocida creyó que este saludo se dirigía á ella.

Dos meses más tarde, el conde de K... recibía á multitud de personas con motivo de un triunfo que acababa de obtener su compatriota, Cristina Nilson. La joven noruega y su padre, que habían venido á París con propósito de pasar en él parte del invierno, estaban en el número de los convidados, pues conocían desde hacía mucho tiempo al anfitrión, su compatriota. En cuanto á nosotros, penetrábamos en aquel salón por primera vez; es más, el convite lo debíamos á la publicación del último libro de Spero, que había obtenido extraordinario éxito. Soñadora y dada á pensar, instruída por la sólida educación de los países del Norte, ávida de saber, Iclea había leído y releído con cu-

riosidad aquel libro un tanto místico, en que el nuevo filósofo había expuesto las ansiedades de su alma poco satisfecha de los *Pensamientos* de Pascal. Añadiré que la joven noruega se había presentado con fortuna á los exámenes del diploma superior

y que, renunciando al estudio de la medicina que al principio pareció atraerla, empezaba á iniciarse con cierta curiosidad en los trabajos completamente nuevos de la fisiología psicológica.

Cuando anunciaron á Jorge Spero, le pareció que acababa de entrar un amigo desconocido, casi un

confidente de su espíritu; y se estremeció, como si hubiese experimentado eléctrica sacudida. Él, que frecuentaba poco la sociedad, que era tímido, que

se sentía molesto en las reuniones de gentes desconocidas, y que no gustaba del baile, de la conversación ni del juego, había permanecido sentado en un mismo punto del salón, rodeado por unos

cuantos amigos, sin fijarse para nada en los valses ó las polkas, escuchando dos ó tres obras maestras de la música moderna, interpretadas con mucho sentimiento. Así pasó la noche, sin que en aquella deslumbradora reunión se acercara ni siquiera un instante á Iclea, por más que se había fijado en ella y que sólo para ella tuviera ojos. Más de una vez se habían encontrado sus miradas. Al fin, allá á las dos de la mañana, cuando la reunión tomaba carácter más íntimo, Spero se atrevió á acercarse á la joven aunque sin dirigirle la palabra. Ella fué la que primero le habló, para exponerle ciertas dudas sobre las conclusiones de su libro.

Halagado y, más aún que halagado, sorprendido al saber que aquellas páginas de metafísica tenían una lectora de tan pocos años, el autor contestó con bastante torpeza y descortesía que semejantes estudios eran demasiado serios para una mujer. Ella replicó que las mujeres no se consagran exclusivamente al ejercicio de la coquetería, y que conocía algunas que á veces pensaban, investigaban, trabajaban y estudiaban. Díjole esto con cierta animación, para defender á las mujeres contra el desdén científico de ciertos hombres y afirmar sus aptitudes intelectuales; por lo demás, no le fué difícil ganar un pleito en que no tenía ciertamente por adversario á su interlocutor.

Este nuevo libro, cuyo éxito había sido inmediato y muy grande, á pesar de lo serio del asunto, había dado al nombre de Jorge Spero cierta celebridad; por esto acogían al joven escritor en los salones con viva simpatía. Los dos jóvenes empezaban apenas á hablar, cuando Spero se vió convertido en punto de mira de los amigos de la casa, que lo obligaron á contestar varias preguntas, interrumpiendo de este modo su plática con Iclea. Uno de los más eminentes críticos de la época había consagrado precisamente por aquellos días un largo artículo á la nueva obra, y el asunto del libro se convirtió de golpe en objeto de la conversación general. Iclea no tomó parte en ella; la joven sentía, y en esto no se engañan las mujeres, que el héroe de la fiesta se había fijado en ella, que sus pensamientos estaban enlazados por un hilo invisible y que al contestar á las preguntas más ó menos insignificantes que le dirigían, su espíritu se encaminaba por otros senderos. Este triunfo íntimo le bastaba; ningún otro podía serle más grato, pues en el perfil de Spero había reconocido la silueta misteriosa de la aparición aérea, y al joven viajero del buque de Cristiania.

Spero no tardó en manifestar su entusiasmo por los maravillosos paisajes de la Noruega y en referirle su viaje. La niña ardía en deseos de oir una

palabra, una alusión por pequeña que fuese al fenómeno aéreo que tanto la impresionara, y no comprendía el silencio y la discreción de su interlocutor. Él, que no había observado la antelia en el momento en que la joven aparecía proyectada en la nube, no tenía por qué mostrarse sorprendido de un fenómeno que le era familiar, por haberlo observado muchas veces, en mejores condiciones, desde la barquilla de un globo aerostático; como no recordaba nada especial, nada podía decir. Tampoco se le vino á la memoria el instante del embarque, y aunque le parecía haber visto antes aquella cabecita rubia, no podía precisar dónde ni cuándo. En cuanto á mí, la reconocí inmediatamente. Spero habló de los lagos, de los ríos, de los fiords y las montañas; supo que la madre de Iclea había muerto muy joven de una enfermedad del corazón, que su padre prefería la vida de París á la de todas las restantes ciudades, y que probablemente sólo de tarde en tarde volverían á su patria.

Los dos jóvenes se hicieron en seguida grandes amigos; atraíanlos uno hacia otro la recíproca estimación, una vivísima simpatía, y la comunidad de ideas y de gustos. Ella, que había sido educada á la manera inglesa, gozaba de la independencia de espíritu y de la libertad de acción que las mujeres de Francia no conocen hasta después del matrimonio,

y no se sentía contenida por ninguna de esas costumbres sociales que en nuestras naciones parecen destinadas á proteger la inocencia y la virtud. Dos amigas suyas de la misma edad habían venido solas á París para terminar su educación musical, y vivían juntas, en plena Babilonia, tranquilas y seguras, sin notar los peligros de que se pretende que está llena la gran ciudad. La joven recibió las visitas de Jorge Spero como hubiera podido recibirlas su padre, y unas cuantas semanas bastaron para que la afinidad de sus caracteres y de sus gustos los asociasen en los mismos estudios, en los mismos trabajos, y con frecuencia en los mismos pensamientos. Casi todas las tardes y como si una atracción secreta lo llamase, Spero se encaminaba desde el barrio latino hacia las orillas del Sena, que seguía hasta el Trocadero, y pasaba varias horas con Iclea, en la biblioteca ó en el mirador del jardín, cuando no se iban á pasear juntos por el bosque de Boulogne.

En el alma de Iclea se había grabado profundamente la primera impresión producida por la aparición celeste. La joven consideraba á Spero, si no como un dios ó como un héroe, á lo menos como un hombre superior á sus contemporáneos. La lectura de sus libros fortaleció esta impresión y hasta la aumentó, inspirándole más que admiración verdadera veneración. Cuando lo conoció personalmente,

el grande hombre no bajó de su pedestal. Le pareció tan eminente, tan trascendente en sus estudios, en sus trabajos é investigaciones, y al mismo tiempo tan sencillo, tan sincero, tan bueno é indulgente para con todos; y lo vió tratado con tal injusticia por algunos rivales, cuando ella, aprovechando todos los pretextos, pronunciaba su nombre, que acabó por amarlo con afecto casi maternal. ¿Existe acaso en el corazón de las jóvenes este sentimiento de cariño protector? Quizás sí; pero lo cierto es que Iclea empezó por amar á Jorge de esta manera. Me parece haber dicho antes que el fondo del carácter de este pensador era un tanto melancólico, con la melancolía del alma de que habla Pascal y que es como la nostalgia del cielo. En efecto, su preocupación constante era la solución del eterno problema, el *To be or not to be*, SER Ó NO SER de Hamlet. Á veces se hubiera podido verlo triste, aterrado casi hasta morir. Pero, por un singular contraste, cuando sus negros pensamientos se habían por decirlo así agotado y consumido en el trabajo intelectual; cuando el cerebro exhausto perdía la facultad de seguir vibrando, se producía en él una especie de reposo y de serenidad. Entonces la circulación de su sangre roja reanimaba la vida orgánica, y el filósofo desaparecía para dejar el puesto libre á un verdadero niño, fácil de contentar, á quien todo y la más

insignificante cosa divertían, dotado casi de gustos femeninos, apasionado de flores, de perfumes, de música y ensueños, y que en ocasiones asombraba por la indiferencia con que miraba las cosas.